

za y aun para ingresar en la de Marienburgo con el elector de Maguncia, á pesar de la tendencia anti-francesa mas ó menos pronunciada de ambos actos. La tropelía del rey de Francia cometida contra el duque de Lorena y el mal éxito de la mision del conde de Windischgraetz en Paris, aumentaron el disgusto y la aversion contra la Francia, y además se descubrieron las relaciones secretas que el embajador de Francia, Gremonville, mantenía desde años antes con los condes de Zrinyi y Nadasdy, que eran los jefes de una conspiracion de magnates húngaros descubierta justamente en el año 1670 (1). La posicion del embajador francés en Viena fué á veces difícilísima, pues tuvo escenas violentas con el ministro Lobkowitz; pero á pesar de esto la diplomacia francesa consiguió su objeto despues de prolongadas y difícilísimas negociaciones que con frecuencia llegaron á punto de ruptura, y el emperador Leopoldo consintió en firmar el tratado secreto de neutralidad de 1.º de noviembre de 1671, renovando las dos potencias contratantes su mútua garantía de las paces de Westfalia y de Aquisgran, obligándose el Austria además á no intervenir en la guerra que pudiera haber entre la Francia y la Holanda dentro de poco, con tal que esta guerra no tocara ni al imperio alemán ni á la monarquía española (2). El embajador austriaco en el Haya, Lisola, que estaba ocupado justamente con Witt en concertar un plan de conducta comun contra la Francia, recibió orden de no continuar las negociaciones (3). Con esto quedó decidido que el emperador de Austria dejaba á Luis XIV en libertad de proceder contra los holandeses; es decir que la política del emperador renunció á todo interés propio y á hacerlo valer en la cuestion europea mas importante de entonces.

No menos activa, y casi siempre con buen éxito, se mostró la diplomacia francesa en las diferentes cortes de los soberanos alemanes.

Los duques de Brunswick habian mantenido en los últimos años de turbulencia excelentes relaciones con los holandeses y habian puesto á su disposicion una parte de sus tropas á cambio de abundantes subsidios. Estos habian quedado suspendidos desde la paz de Aquisgran, con gran disgusto de aquellos soberanos siempre escasos de dinero; y uniéndose á esta causa otras que aumentaron el descontento, los emisarios franceses Gourville y Verjus hallaron oídos propicios en aquellas cortes. El mas favorable á la Francia fué el converso Juan Federico de Hanover, que si bien rechazó la alianza ofensiva contra la Holanda, permitió á las tropas francesas el paso por su país á cambio de un subsidio de 10,000 talers mensuales (julio 1671). En los años siguientes concibió este soberano la esperanza de adquirir el

(1) Esta era la gran conspiracion que pasando por multitud de fases ocupó la atencion en los años de 1665 á 1670, y cuyos jefes el ban de Croacia Zrinyi, el juez Nadasdy y el magnate Frangipani fueron decapitados en el año 1671. Otro de los jefes era el pretendiente de Transilvania Racozy. Esta conspiracion motivó, de parte del emperador Leopoldo, un paso enérgico, que fué la reforma de la constitucion y del gobierno de Hungría en sentido absolutista monárquico, con el acompañamiento de la formidable propaganda jesuítica. Entre los conspiradores se halló tambien el magnate estirio conde Erasmo de Tattenbach, que fué ejecutado mas adelante en diciembre de 1671. Este último era feudatario del obispado de Halberstadt, en el pequeño señorío Reinstein (Regenstein), cuyo señorío fué ocupado por el elector de Brandeburgo á la muerte del citado conde como feudo vacante. La casa de Brunswick pretendió tener derechos sobre él, y la posesion de este pequeño territorio originó largas y complicadas disputas entre las dos familias y un pleito interminable ante el tribunal supremo del imperio.

(2) Véase la obra de Mignet, tomo III, donde se encuentran las relaciones minuciosas de Gremonville sobre las negociaciones de Viena.

(3) Grossmann: *Francisco de Lisola*, pág. 10.

aumento de territorio que deseaba á expensas del Brandeburgo y entonces adoptó por completo la política francesa, á la cual permaneció fiel hasta la paz de Nimega, si bien esta conducta le aprovechó muy poco. De los demás duques de Brunswick, solo el duque Ernesto Augusto de Osnabruck hizo un tratado de neutralidad con Luis XIV en octubre de 1671, tambien á cambio de subsidios. Estos dos tratados últimos eran suficientes para asegurar por entonces la política francesa contra el temor de intervencion de la casa de Brunswick á favor de los Países Bajos (4).

Mejor acogida encontró el embajador francés Verjus cerca del belicoso obispo Cristóbal Bernardo de Munster, que estaba muy decidido á no permanecer neutral tratándose de hacer la guerra á sus antiguos enemigos los holandeses, y pensaba llevar su parte en las conquistas que se hicieran. Hacia ya un siglo que duraba una contienda entre la catedral de Munster y los estamentos de la provincia de Gueldres relativa al distrito fronterizo de Bokelo, que era considerado como feudo de Munster por los unos y como feudo de Gueldres por los otros. Este pleito habia ya pasado por todos los estados imaginables, pero á pesar de los fallos más favorables á Munster del emperador y del tribunal supremo del imperio, la provincia de Gueldres se negó tenazmente á restituir el citado distrito y los Estados generales protegían á la provincia en su tenaz resistencia (5). El obispo creyó, pues, que habia llegado la ocasion de reivindicar su derecho y quizás de ganar algo mas con el auxilio de la Francia, y el 28 de julio de 1671 firmó su alianza ofensiva con la Francia contra los Países Bajos, obligándose á poner en campaña un ejército de 9,000 hombres recibiendo en cambio los correspondientes subsidios. Este prelado tuvo algunos escrúpulos piadosos de cuando en cuando respecto de la legalidad de su empresa, pero consultando despues el asunto con su confesor, éste le tranquilizó con el argumento, muy deleznable, de que desde mucho tiempo alimentaban los holandeses intenciones secretas sobre el obispado de Munster, con lo cual colocaban al obispo en estado de defensa forzosa (6); y hasta tuvo el valor de acusar públicamente á Witt y á otros altos dignatarios holandeses de haber urdido una conspiracion contra la vida del obispo.

Por aquel tiempo adquirió Luis XIV su alianza mas importante en Alemania, y fué la que pactó con el príncipe elector eclesiástico de Colonia Maximiliano Enrique, hombre personalmente insignificante, príncipe bávaro, que, como dijimos en su lugar, pasaba el tiempo ocupándose en cosas de alquimia (7). Este magnate se hallaba completamente bajo la influencia de sus consejeros íntimos, los hermanos Guillermo y Egon de Furstenberg, el primero canónigo de Colonia y el segundo obispo de Estrasburgo, que ya en tiempo de Mazarino estaban enteramente al servicio de la Francia, de la cual habian recibido magníficos regalos, excelentes prebendas, pensiones anuales de importancia y promesas aun mayores para el porvenir. Como á esta situacion se agre-

(4) Havemann: *Historia de los países de Brunswick y de Luneburg*, tomo III, pág. 259; Kocher: *Las relaciones entre Francia y la casa de Brunswick-Luneburg en la época de la triple alianza* (periódico de la Asociacion histórica para la baja Sajonia, 1886).

(5) Véase sobre el pleito de Bokelo á Tuckung: *Historia de la catedral de Munster bajo el reinado del obispo Cristóbal Bernardo de Galen*, pág. 115.

(6) Véase lo que escribió este obispo en la nota publicada por Husing en su obra: *El príncipe obispo Cristian Bernardo de Galen*, página 285: *Unde evidenter sequitur, átoocem istam versari in continuo et gravissimo periculo tam religionis quam regionis perdende, et apud Hollandos semper esse hanc malam voluntatem, modo adsit occasio.*

(7) Relacion veneciana de Francisco Michieli: *Non ha avuto mai altro pensiero che quello di distillare le sue fortune et il suo ingegno in un coriogliolo d'alchimia* (Fiedler: *Relaciones*, tomo II, pág. 195).

gaban las quejas antiguas y recientes del arzobispado de Colonia contra el gobierno de Holanda, era evidente que la corte electoral de Bonn habia de hacer causa comun con el rey de Francia en una guerra contra la Holanda para quitar al gobierno vecino tan odiado las ciudades y comarcas que se le reclamaban. Nada importaba á los dos partidarios asalariados de la Francia que dirigían la política del elector,

que para servir al poderoso rey de Francia tuviesen que entregarle incuamente su propio país, su rio y sus fortalezas, cometiendo la mas infame traicion contra la neutralidad y la paz del imperio. El arzobispo elector por su parte no pedía siquiera cuentas, y sus ministros tampoco le daban satisfaccion de lo que hacían.

Para Luis XIV era de la mayor importancia poder dispo-



El almirante Ruyter. Facsimile reducido del grabado de A. Blotelingh (1634-1695)

ner á su voluntad de los territorios del elector eclesiástico, y mas todavia bajo el punto de vista militar que bajo el político, porque siendo su propósito respetar al principio la neutralidad de los Países Bajos españoles por consideracion á la Inglaterra y al emperador, le era indispensable el paso por el obispado de Lieja y á lo largo del bajo Rhin para invadir la Holanda. Sin grandes dificultades se efectuaron, pues, los convenios necesarios (1). En cambio de abundantísimos subsidios y de la promesa de la adquisicion de Rheinberg y Maestricht abrió el elector su obispado de Lieja al rey de Francia, á fin de que estableciera allí los almacenes que necesitaba para su ejército, y además prometía este prelado soberano tomar parte en la guerra contra la

Holanda con una fuerza armada de 18,000 hombres, á los cuales añadió el rey de Francia 4,000 hombres de tropa escogida francesa para formar parte del cuerpo armado de Colonia y Munster. Para mejor disimular tuvieron que jurar estos 4,000 hombres fidelidad al arzobispo y llevar su uniforme (2). No fué esto todo; pues con arreglo á los artículos secretos del pretendido tratado de neutralidad de julio de 1671, el elector permitió la construccion de un puente de barcas sobre el Rhin y el establecimiento de almacenes en el territorio de Colonia, en Bonn, Zons, Kaiserswerth, Dorsten y en general donde fuera menester. Algunos meses despues, en 19 de enero de 1672, se entregó tambien á los franceses la importante ciudad de Neuss, para que por su situacion estra-

(1) Véase en Mignet, tomo III, págs. 292, 705 y 706, los convenios del día 11 de julio de 1671 y del 2 y 19 de enero de 1672.

(2) Rousset: *Hist. de Louvois*, tomo I, pág. 345. Estos soldados franceses se negaron al principio á jurar fidelidad á un soberano que no era el suyo.

técnica excelente sirviese á los franceses de plaza principal de depósito de armas. Hízose la entrega como pignoración por tres años por la suma de 400,000 libras. A consecuencia de estos convenios no tardó el electorado de Colonia en hallarse inundado de tropas francesas; la ciudad de Neuss fué convertida en plaza fuerte francesa, y en la ciudad de Bonn, capital del electorado, los franceses procedían como soberanos y dueños; sus tropas se encargaron del servicio de guarnición, y finalmente se presentó Louvois personalmente en Colonia para concluir el tratado ofensivo y hacer los demás arreglos (1). Sin embargo no consiguieron los franceses disponer de la ciudad de Colonia. Verdad es que entonces, en 2 de enero de 1672, se zanjaron también las disputas entre la ciudad y su elector, garantizándola éste contra sus propias tendencias anexionistas y las de sus amigos los franceses; pero al recuperar Colonia su libertad é independencia como ciudad libre del imperio, perdieron los holandeses aquel punto, del cual tuvieron que retirar sus tropas.

Luis XIV, con los tratados hechos con el elector de Colonia, había conseguido muchísimo; se había hecho dueño, aun sin el auxilio de la liga del Rin, del bajo Rin hasta la frontera de Holanda, y por los tratados con Munster y los dos duques de Brunswick disponía igualmente de los territorios casi hasta el Wesser.

Entre los demás vecinos rhinianos el elector del Palatinado, Carlos Luis, se hallaba en la mejor inteligencia con la corte de Versalles, donde tenía casada su hija, y mientras se concentraba la tempestad en las fronteras del imperio, se hacía ilusiones diplomáticas relativas á un «reino de Austrasia.» Sin embargo, ante todo deseaba tener paz y tranquilidad en su propio territorio, y no quiso molestarse ni en pro ni en contra de los holandeses. Pronto supo, sin embargo, lo que pesaba para Luis XIV y para sus generales la neutralidad de un soberano alemán.

En aquel tiempo se efectuó en otra rama bávara un cambio á favor de Francia. El elector de Baviera Fernando María, en cuya corte funcionaba en calidad de mayordomo de palacio el menor de los hermanos de Furstenberg, Hermann Egon, ligó la política de su casa estrechamente á la de la Francia por medio de un tratado de amistad y de subsidios, hecho en 17 de febrero de 1670. En este tratado prometió el elector no entrar en la triple alianza, defender los intereses del rey de Francia cuando se presentara la ocasión de la herencia española, en cambio de lo cual se le dió la expectativa de un aumento de territorio, recibió un gran subsidio anual y la promesa de casar á su hija con el heredero del trono de Francia. En un artículo secreto ambos soberanos se obligaron á trabajar á la muerte del emperador actual en favor de la elección de Luis XIV para la dignidad imperial de Alemania y en favor de la elección del elector de Baviera para rey de romanos (ó sea heredero de la dignidad imperial) (2). El tratado fué hecho por lo pronto por diez años, y el 27 de mayo de 1672, el mismo día en que el elector de Colonia publicó su manifiesto de guerra contra la Holanda, el de Baviera firmó un nuevo tratado con Luis XIV, no entrando en la alianza contra la Holanda, pero obligándose á proteger en caso necesario el arzobispado de Colonia

(1) Ennen: *La Francia y el bajo Rin*, tomo I, pág. 231; Rousset, tomo I, pág. 342.

(2) *Recueil des instructions*, etc., tomo VII (*Bavière, Palatinat, Deux Ponts*), ed. Lebon, pág. 33. La disposición relativa á la elección del emperador y rey contiene la añadidura: *Nisi rationabiliter et quasi pro certo videant omnem utriusque operam inutilem fore*. Legrelle: *La diplomatie française et la succession d'Espagne*, tomo I, pág. 229. Al mismo tiempo se trataba en estas negociaciones de una conquista eventual de Bohemia para el elector de Baviera en caso de que Leopoldo I muriese sin dejar hijos. Legrelle, tomo I, pág. 231.

contra los holandeses. Cuando mas adelante el emperador se decidió á intervenir en la lucha, el elector de Baviera pactó un nuevo convenio en 14 de enero de 1673, en el cual prometió negar á las tropas imperiales el paso por su territorio.

Separadamente se seguían en Munich las negociaciones relativas al proyecto de unión de toda la casa de Baviera, apoyado principalmente por el conde palatino Felipe Guillermo de Neuburg y por la corte de Suecia. Estas negociaciones no dieron ningun resultado, porque cada uno de los interesados se reservaba tácitamente el cuidado de sus intereses (3). El conde palatino mencionado no quiso tomar parte en la guerra, pero firmó con la Francia un tratado de neutralidad en 7 de julio de 1672 á cambio también de subsidios franceses.

De igual manera fueron atraídos á la causa francesa el duque de Wurtemberg y el elector de Tréveris; pero el gobierno francés renunció á ganar al príncipe elector Juan Jorge de Sajonia, porque su amistad habría costado á Francia una gratificación anual de 50,000 talers, y no valía tan gran sacrificio en opinión del ministro Lionne, el cual escribió al embajador francés en Dresde, Chassan, que cuando el rey de Francia llegara á necesitar el voto del elector siempre sería tiempo de abrir la bolsa (4). Esto permitió al elector conservar sus buenas relaciones con la corte imperial.

El elector de Maguncia, Juan Felipe, se encontró en una posición difícilísima, porque no pudo lisonjarse de hacer el papel de árbitro en el inmediato gran conflicto con su plan no concluido de la alianza alemana, ni con su alianza de Marienburgo, que casi había cesado de existir. Por otra parte, el aumento de los aliados de Francia en el imperio había hecho imposible la prosecución de estos trabajos. Ni siquiera pudo impedir Juan Felipe que el cabildo de su propia catedral eligiera como sucesor y coadjutor suyo al obispo de Spira, Lotario Federico de Metternich, hombre muy adicto á la Francia (5). Se vió, pues, obligado á mejorar sus relaciones con la corte francesa. Durante algun tiempo se habló en la corte de Maguncia de enviar á Boyneburg á París, pero por último prefirió el elector hacer saber por otra vía al gobierno francés sus deseos conciliadores, y finalmente el mismo Luis XIV tomó la iniciativa enviando en diciembre de 1671 un agente secreto á Maguncia para anunciar al elector el próximo ataque á la Holanda, con exclusión de toda hostilidad contra el imperio y la España. El agente tenía instrucciones para procurar una conciliación del elector con la Francia, á cuyo fin el rey pedía que el elector de Maguncia hiciera valer todo su influjo á favor de la completa neutralidad del imperio en la guerra con Holanda, y en caso necesario facilitara á las tropas francesas el paso del Rin por su territorio.

Los armamentos, las guarniciones y los almacenes de los franceses establecidos en el electorado de Colonia no pudieron dejar ninguna duda á Juan Felipe de que la neutralidad del imperio que se le proponía había de ser muy parcial á favor de Francia; pero al recibir á los agentes franceses en Wurzburg, no pudo menos de aceptar la mano que se le ofrecía y restablecer por lo menos exteriormente sus relaciones amistosas con Luis XIV. Por lo mismo prometió emplear su influencia á favor de la neutralidad del imperio, en cuyo sentido negoció con las cortes de Viena y de Berlín, y envió todavía en marzo de 1672 á su sobrino el baron de

(3) Véase Heigel.

(4) Auerbach, pág. 350.

(5) La elección de este personaje costó á Luis XIV 30,000 talers. Véase Guhrauer, tomo I, pág. 169.

Schonborn á París para hacer una última tentativa, por supuesto estéril, de mediación para conseguir la paz entre la Francia y la Holanda (1).

El elector no se hizo la menor ilusión respecto del inminente peligro que corría la situación, de la traición infame de su colega de Colonia, y de la completa nulidad de las seguridades francesas de paz. Comprendió perfectamente que si los franceses realizaban sus planes, cambiaría la faz de Europa y resultaría de este cambio la caída del imperio. Así se expresó en su entrevista con el embajador brandeburgués Marenholz, y añadió que era preciso zanjar la contienda entre Francia y Holanda y que no debía dejarse á este último país abandonado (2).

El mejor modo de auxiliar á los holandeses hubiera sido la declaración de guerra por el imperio; pero precisamente la política del elector de Maguncia quería ante todo evitar que el imperio hiciera la guerra, y por esto había imaginado otro plan.

En las conversaciones políticas entre Boyneburg y Leibnitz ocupó desde un principio un lugar preferente el deseo común de dirigir la política de los Estados europeos al Oriente, y gradualmente habían tomado estos proyectos, muy discutidos y considerados por todos sus aspectos, una forma mas decisiva. Pareció cosa indudable que la jefatura en semejante «guerra santa» correspondería, despues del emperador, á la Francia, con su fuerza terrestre y marítima igualmente imponente. Era claro que si pudiera conseguirse que el soberano de Francia, en lugar de meditar guerras fratricidas en Europa, dedicara sus armas contra el imperio turco, se hallaría quizás un medio de acudir al auxilio de la Holanda, apartando de la escena la guerra franco-holandesa, peligrosa para la Europa entera, y llegar á una pronta paz.

De estas discusiones resultó el proyecto de la conquista de Egipto, debido á Leibnitz y Boyneburg, pues que ambos personajes pensaban en esta empresa política, que fué aprobada por el elector Juan Felipe (3).

En diciembre de 1671 envió Boyneburg una pequeña memoria del proyecto á Luis XIV; pero el gobierno francés no tenía prisa de cuidarse de este asunto; viendo que no contestaba nada, al cabo de cierto tiempo repitió Boyneburg su proposición, y entonces contestó el ministro Pomponne en términos corteses, pero muy generales, que la Francia comprendía la importancia del plan y que desearía que se le explicara mas minuciosamente.

Las dos memorias enviadas á París explicaron en términos generales la idea fundamental del plan, figurando en primer lugar la importancia mercantil del Egipto, porque el istmo de Suez entre el Mediterráneo y el mar Rojo dominaba completamente el punto de unión entre el Asia y el Africa, y la potencia que fuera señora de este punto y que dominara al propio tiempo con su escuadra el mar, sería el dueño absoluto del comercio, no solamente en aquellas partes del mundo, sino en general entre el Oriente y el Occidente. Mas de una tercera parte de la superficie terrestre que

(1) Guhrauer, tomo I, pág. 175.

(2) El elector de Maguncia expresó su juicio respecto de la situación política general y respecto de la política francesa en términos muy claros en sus entrevistas con el citado embajador de Brandeburgo, que fué enviado repetidas veces en la primavera y el verano de 1672 con misiones secretas á la corte de Juan Felipe. Véase *Documentos y actas*, tomo XIII, pág. 153.

(3) Los documentos relativos al proyecto de Egipto fueron reunidos por Klopp en el segundo tomo de su edición de las obras de Leibnitz (Hanover, 1864), y por Foucher de Careil en el tomo V de su edición de París; Guhrauer: *El electorado de Maguncia*, tomo I, pág. 189; Pfeiderer: *Leibnitz como patriota y hombre de Estado*, etc. Leipzig, 1870, página 85.

comprendía los países mas cultivados del mundo, entre el polo Norte y el trópico de Cáncer, estarían en concepto mercantil bajo su dominio. El dueño del Egipto que supiera gobernar bien este dominio podría prestar, no solo á sí mismo, sino á toda la humanidad los mayores servicios. A continuación se señalaba el problema del canal de Suez (4). La memoria abre á todos los pueblos limítrofes del Mediterráneo, franceses, italianos y españoles, el desarrollo mercantil mas brillante de su comercio, pudiendo así el rey de Francia aniquilar el comercio de los holandeses y entregarlo á sus súbditos. También la casa de Austria tendrá motivo de satisfacción en este cambio, si bien corresponderá la dirección de Europa indudablemente al rey de Francia si realiza el proyecto indicado, haciéndose tan pronto como sea posible dueño del Egipto. El alma de semejante empresa es, sin embargo, el secreto y debe estallar su ejecución con la prontitud del rayo. El autor del proyecto se reserva exponer sus pormenores en negociaciones directas y manifiesta que la realización será facilísima.

Mostrándose el ministro Pomponne dispuesto á entrar en las negociaciones propuestas, se apresuraron los autores del proyecto á forjar el hierro mientras estaba caliente, en su opinión, á cuyo fin Leibnitz se puso en camino para París en marzo de 1672, sabiendo él y los que le enviaban que las relaciones entre la Puerta y el gobierno francés estaban desde bastante tiempo muy tirantes, y hasta se hablaba en la corte de Francia de una pronta ruptura entre las dos potencias. En este caso habría resultado una verdadera fortuna que se adoptara el proyecto egipcio y que se resolviera de este modo la pretendida crisis.

Todas estas esperanzas resultaron vanas. Boyneburg y su amigo el filósofo se ocuparon simplemente en ilusiones y fantasías. Ninguna elocuencia del mundo hubiera inducido á Luis XIV á dirigir sus armas súbitamente contra el Egipto en lugar de dar el golpe contra la desembocadura del Rin. Para el observador posterior hay cierto enlace interesante entre las ideas de san Luis, de Felipe el Hermoso y de Bonaparte, pero por lo pronto no tuvieron efecto ninguno estas ideas. Cuando Leibnitz llegó á fines de marzo de 1672 á París, se encontró allí con que el gobierno francés estaba ocupado en acabar los últimos preparativos de la guerra. Leibnitz redactó la gran memoria que pensó entregar al rey, exponiendo con su admirable erudición en todos los ramos los beneficios de la gran empresa bajo el concepto político, militar y geográfico; pero todo fué trabajo estéril, pues no llegó á entregar la memoria ni al rey ni á ninguno de sus ministros, ni siquiera se celebró ninguna discusión, segun parece, relativamente á este proyecto. Cuando el elector Juan Felipe algunos meses despues, estando ya en plena marcha la guerra con Holanda, hizo recomendar al rey de Francia el proyecto egipcio por el embajador francés Feuquieres, le contestó por el mismo embajador Luis XIV con sorna que desde el tiempo de san Luis habían pasado de moda las «guerras santas.» Al mismo tiempo se activaban las negociaciones en Constantinopla para zanjar las divergencias con la Puerta, y en el verano de 1673 se hizo un nuevo tratado de paz y amistad entre las dos potencias, de suerte que por lo pronto no había que pensar ya en una guerra franco-turca ni en la conquista del Egipto.

Boyneburg murió en Maguncia en el mes de diciembre de 1672, mas no por esto renunció Leibnitz á los planes

(4) *Potest autem dominus Aegypti... beneficio sibi obligare genus humanum, si quo canali mare rubrum Nilo vel mediterraneo connectat. Mare rubrum Aegypti altius esse fabula proprius est, sed etsi esset, non ideo canali aperto obruet Aegyptum*. Klopp, pág. 107.

que hemos mencionado; solo que dijo después de hablar de ellos que los había propuesto demasiado tarde. En la situación angustiosa de 1689 invitó a los soberanos de Europa a tomar las armas contra los turcos, y excitó a Luis XIV a fijar su atención en los brazos que le alargaba el Nilo. A pesar de esto quedaron ocultas sus memorias relativas a la expedición contra el Egipto; ni Napoleón Bonaparte supo nada de ellas cuando emprendió su expedición de conquista, y solo en 1803 tuvo noticia de su existencia el general Mortier cuando la ocupación de Hanover por los franceses, en cuyo archivo se hallaron las memorias de las cuales Mortier envió copias a Bonaparte a París.

Estos proyectos que habían nacido en la corte de Maguncia no dieron tampoco ningún resultado práctico en el tiempo de su concepción, porque no pudo auxiliarse de esta manera ni a la república holandesa ni a la paz de Europa amenazada; pero fuera de esto hubo otra parte del imperio alemán donde se echó mano de medios más enérgicos para oponerse a la brutalidad francesa.

Había prescindido Luis XIV de la alianza de un soberano alemán, el elector Federico Guillermo de Brandeburgo, alianza que habría sido preferida por el rey de Francia a todas las demás.

Desde el convenio del mes de diciembre de 1667, en el cual el elector había estipulado su neutralidad en la guerra de devolución en cambio de concesiones francesas en el asunto de la elección del rey de Polonia, las relaciones entre el citado elector y la Francia habían continuado siendo constantemente amistosas. El elector no había entrado en la triple alianza y se había aproximado gradualmente más y más a la corte de Versalles hasta que finalmente firmó con el gobierno francés en 31 de diciembre de 1669 un tratado secreto por el cual se obligó a favorecer las pretensiones francesas en la gran cuestión de la sucesión española. Si a la muerte del rey de España se viera Luis XIV en el caso de hacer valer con las armas su derecho sobre los Países Bajos españoles, el elector se obligaba por lo pronto por diez años a prestar auxilio al rey de Francia con un cuerpo de 10,000 hombres mandados, si posible fuese, por el mismo elector, recibiendo en cambio un subsidio de 400,000 talers pagaderos en diez anualidades, otros 150,000 talers para los enganches, y además la promesa de que se le cederían de las comarcas entonces españolas las ciudades y fortalezas de Guedres, Venloo y Roermonde con sus respectivos territorios (1).

Con mucha previsión y prudencia procuró Federico Guillermo en este tratado el redondeamiento futuro y conveniente de su ducado de Cléveris, al cual de esta manera excluía del botín de la herencia española: la línea del Mosa. Creyendo el mundo entonces muy próxima la presentación y solución de la cuestión de la herencia española, Luis XIV pudo pensar también haber ligado con este tratado al soberano de Brandeburgo haciéndole ó bien inofensivo para todo lo demás, ó bien auxiliar obediente como tantos otros soberanos alemanes.

Pronto tuvo que convencerse de que el elector de Bran-

(1) Este tratado de alianza, que no se halla mencionado en Pufendorf, ha quedado hasta muy recientemente secreto, siendo publicado por primera vez en los *Tratados de Morner*, pág. 691. En el documento de ratificación de Luis XIV, que acompaña en la citada obra al tratado, pág. 696, amplió el rey de Francia por su propia voluntad («pues así nos place») la promesa del aumento de territorio a favor del elector con todo el territorio del ducado de Guedres situado en la orilla derecha del Mosa, exceptuando una pequeña plaza. En todo el tratado no se dice ni una sola palabra respecto de promesas relativas a Jagerndorf ni de la evacuación de Orsoy, que menciona Droysen, tomo III, pág. 268.

deburgo no era un auxiliar por el estilo de los demás príncipes de Alemania. Al mismo tiempo que el embajador francés Haubrun con el cual el elector había cerrado aquel convenio, había llegado a Berlín el ministro del elector de Colonia, aquel Guillermo de Furstenberg de quien hemos hablado, el cual presentó proposiciones en nombre de su elector, pero de todos modos de acuerdo con el gobierno francés, invitando al elector de Brandeburgo a aliarse con el rey de Francia y el elector de Colonia, ya que de todos modos era inevitable la guerra entre Francia y Holanda. En apoyo de sus proposiciones trató Furstenberg de convencer al brandeburgués de que, tomando una parte eficaz en la guerra los soberanos poderosos de la Europa occidental, se impediría al rey de Francia quedarse con todo el botín. Presentó, pues, un proyecto de reparto formal de los Países Bajos, según el cual la Francia debía recibir el territorio al Oeste del Mosa; el elector de Colonia recibiría la provincia de Utrecht; el obispo de Munster, el Isel superior; el elector de Brandeburgo a Guedres y Zutphen; la casa de Brunswick-Luneburg la provincia de Frisia, el conde palatino de Neuburg a Groninga, y finalmente la casa de Orange la Holanda y la Zelanda. A fin de mantener unido el antiguo Estado de las provincias unidas debían estar constituidas en forma de principados unidos en una forma nueva y más monárquica (2).

El brandeburgués no opuso al ministro de Colonia ninguna negativa brusca; al contrario, el gobierno de Berlín fingió tratar seriamente el asunto haciendo algunas adiciones al proyecto y pareció dejar la puerta abierta para entrar en la alianza, pero en realidad no tuvo el elector la menor intención de prestar su apoyo al proyecto fantástico, si bien no pudo dejar de conocer que las cosas empezaban a tomar un aspecto serio. Por este motivo envió como embajador suyo a París a Lorenzo de Krockow en 1670, a fin de sondear allí el terreno. El embajador comprendió desde luego en París que la guerra contra la Holanda era cosa decidida, que solo faltaba fijar el tiempo en que estallaría, y que los ministros franceses rechazarían por completamente ociosa toda tentativa de mediación con la república holandesa. El elector de Brandeburgo, en vista de estas noticias, las comunicó al gobierno del Haya, al cual también ofreció su mediación, que fué rechazada con agradecimiento ceremonioso, pero frío, conforme lo exigía el espíritu dominante en Holanda respecto de la amistad sospechosa del brandeburgués.

El resultado fué que el brandeburgués se halló con las manos libres entre los dos Estados cuyo choque debía ser muy pronto la señal de una gran crisis europea.

Cierto que el soberano de Brandeburgo podía conseguir grandes é inmediatas ventajas asociándose a la liga ofensiva francesa contra la Holanda, y los diplomáticos franceses enviados a Berlín, primero Verjus y después Guiche, nada omitieron para recordar al elector las injusticias que le habían hecho sufrir en todo tiempo los Países Bajos. Esto por lo demás se tenía muy presente en Berlín, sobre todo cuando los gobernantes del Haya trataron de atropellar al elector con motivo de una antigua deuda pública reclamando intereses acumulados, y apoyando disimuladamente a los estamentos de Cléveris en su resistencia insolente contra su soberano. También recordaba por supuesto el elector la negativa del gobierno holandés de restituir a su soberano las fortalezas de Cléveris, y finalmente tenía muy presente la conducta que observaban los gobernantes holandeses con

(2) Véanse más pormenores sobre las proposiciones de Furstenberg en la obra de Pufendorf, tomo XI, párrafo V; Ennen: *La Francia y el bajo Rin*, tomo I, pág. 234; Droysen, tomo III, pág. 220.

la casa de Orange. De todo esto ofrecía la alianza francesa venganza y mejora, sin contar los beneficios indirectos que podían resultar.

Pero Federico Guillermo resistió a todos estos pensamientos seductores, y con su inteligencia penetrante comprendió el engaño y se mostró igualmente firme cuando las seducciones se cambiaron en amenazas.

El elector fijó su consideración en lo que demandaba en aquellas circunstancias su propio interés, y observó con sano criterio que para el poder de Brandeburgo en el bajo Rin sería positivamente funesto que la monarquía francesa, ya demasiado poderosa, derribara la república de Holanda, la despedazara y quizás la borrara enteramente de la lista de las potencias europeas, poniendo en su lugar el señorío francés. Estas reflexiones tenían una importancia más general para la Alemania y aun para toda la Europa; porque si conseguía Luis XIV destruir el Estado holandés, sería inmensa la preponderancia francesa en toda la Alemania donde la Francia había ocupado como cosa propia las posiciones dominantes en el bajo Rin y en las embocaduras de aquel río. Quedaría, pues, quebrantada la independencia del imperio alemán tanto en el concepto político como en el militar y el mercantil. Se refiere del elector Federico Guillermo la frase de que en tal caso podría llegar el día de que Luis XIV mandara encerrar a soberanos alemanes en la Bastilla como encerraba a sus grandes franceses. ¿Y qué esperanzas dejaría al imperio alemán la omnipotencia de la política mercantil é industrial francesa? En comparación con ella parecía soportable y muy llevadero el peso del comercio holandés. «El comercio alemán vive con la república holandesa, y moriría con ella.» Se trataba del equilibrio europeo y no podía ocultarse a nadie que de esta complicación podía resultar el mayor peligro para el protestantismo; pues en la corte de Francia se erguían cada vez más poderosas las tendencias de la propaganda católica. Se declaró francamente uno de los objetos más importantes de la guerra la recuperación de los bienes de la iglesia católica robados por los herejes holandeses. No menos robustas eran las antipatías católicas contra los holandeses en la corte imperial de Viena.

En Inglaterra la dinastía de los Estuardos amenazaba a la religión y la iglesia de los ingleses, y la Suecia protestante estaba a sueldo de la Francia: ¿cómo podía, pues, mirarse con calma que se jurara la ruina del más firme baluarte de la religión reformada en las provincias de los Países Bajos?

A pesar de estas reflexiones era difícilísimo decidirse: se necesitaba una resolución muy poderosa para desenvainar la espada contra la Francia, con la cual acababa de celebrar el elector de Brandeburgo un tratado de subsidios. En la corte de Berlín luchaban las opiniones más encontradas (1). Las clases militares deseaban decididamente emprender la lucha en unión de los holandeses contra la Francia, y muchos oficiales dijeron que preferían tomar su licencia y pelear en las filas holandesas a contemplar la guerra como neutrales. El espíritu era guerrero y hostil a la Francia en todo el ejército, incluso los generales más distinguidos como Derflinger, Sparr, Eller, Polnitz, etc. Otros personajes se opusieron igualmente con decisión a toda alianza de guerra con los holandeses, como el ministro más influyente Oton de Schwerin y los consejeros políticos más elevados como Somnitz y Jena, que abogaban en favor de una inteligencia con Francia, estando también a favor de Francia la electora

(1) Peter: *La guerra del gran Elector contra la Francia en 1672 a 1675* (Halle, 1870, pág. 27).

Dorotea (2). Entre estas opiniones encontradas, el elector después de mucho vacilar, pero haciéndose perfectamente cargo del riesgo, resolvió acudir a la defensa de la república holandesa amenazada. No fué él el único príncipe alemán que se hizo perfectamente cargo del peligro de la situación general; pero fué el único que tuvo el valor de obrar conforme a su convicción.

Solo después de mucho titubear se decidieron los gobernantes de Holanda a aceptar la mano que les ofrecía el soberano brandeburgués. *Sero sapiunt Phryges*, escribió uno de ellos (3).

En enero de 1672 se presentó en Berlín el barón de Amrougen como embajador de Holanda para hacer el tratado de alianza con el elector; se necesitaron muchos meses para fijar los subsidios que la Holanda debía darle y el número de tropas que él debía facilitar; pero negándose también obstinadamente los holandeses a evacuar las fortalezas de Cléveris, conformóse el elector, para poner fin a las negociaciones y por pura generosidad, como dijo el diplomático holandés, de suerte que el 6 de mayo de 1672 pudo firmarse el contrato de alianza. En este tratado el elector se obligaba a auxiliar a los Países Bajos en caso de un ataque (no se nombraban los agresores, que se suponían) con un ejército de 20,000 hombres de infantería y caballería, y la artillería mandada encerrar a soberanos alemanes en la Bastilla como encerraba a sus grandes franceses. Este ejército debía estar pronto a entrar en campaña dentro de los territorios de Westfalia en el plazo de dos meses, encargándose el elector en persona de su dirección siempre que no lo impidieran enfermedad ó fuerza mayor, y prometiendo declarar abiertamente la guerra al agresor (4).

Era ya tiempo de decidirse, porque la guerra había principiado algunos meses antes a manera de preludio, habiendo atacado una escuadra inglesa dirigida por Holmes a una flota holandesa de comercio, que escoltada por seis buques de guerra regresaba de Esmirna con rico cargamento. La sorpresa se efectuó cerca de la isla de Wight, y hasta varios días después de este acto de piratería, en 28 de marzo de 1672, no publicó el gobierno inglés su declaración de guerra. La de Francia fué publicada el 6 de abril é inmediatamente después la del obispo de Munster y del elector de Colonia. En los primeros días de mayo se efectuó el ataque general, teniendo los Países Bajos por único aliado activo al elector Federico Guillermo de Brandeburgo.

CAPITULO III

LA GUERRA CON HOLANDA A ORILLAS DEL RHIN Y EN WESTFALIA

Las primeras semanas y los primeros meses de la guerra ofrecieron peripecias y vicisitudes grandes y conmovedoras, de las cuales solo podemos trazar aquí las más principales (5).

Contra un país mal defendido y presa de discordias intes-

(2) Era ésta la segunda esposa de Federico Guillermo desde 1668, hija del duque de Holstein-Glucksburg y viuda del duque de Brunswick-Luneburg. La primera esposa del elector fué Luisa Enriqueta, princesa de Orange, que había muerto en 1667.

(3) Lefevre-Pontalis, tomo II, pág. 169.

(4) Véase el tratado en la colección de Morner, pág. 359, y véase también H. Peter, pág. 38.

(5) Véase para lo que sigue la gran colección de materiales de Valkenier: *Diarium Europaeum, Documentos y actas* para la historia del elector Federico Guillermo, las obras históricas holandesas de Sylvius, Basnage, Wicquefort, y las repetidas veces citadas de Mignet, Rousset, Lefevre-Pontalis, Ranke, Droysen, H. Peter y otros.